

EL SITIO DE
SEBASTOPOL

CONDE LEÓN
TOLSTOI

**EL SITIO DE SEBASTOPOL EN
DICIEMBRE DE 1854.**

El crepúsculo matutino colorea el horizonte hacia el monte, Sapun; la superficie del mar, azul obscura, va, surgiendo de entre las sombras, de la noche y sólo espera el primer rayo de sol para cabrillar alegremente; de la bahía, cubierta de brumas, viene frescachón el viento; no se ve ni un copo de nieve; la tierra está negruzca, pero, la escarcha hiere el rostro y cruje bajo los pies. Sólo el incesante rumor de las olas, interrumpido a intervalos por el estampido sordo del cañón, turba la calma del amanecer. En los buques de guerra todo permanece en silencio. El reloj de arena acaba de marcar las ocho, y hacia el Norte la actividad del día reemplaza poco a poco a la calma de la noche. Aquí, un pelotón de soldados que va a relevar a los centinelas; óyese el

ruido metálico de sus fusiles; un médico, que se dirige apresuradamente hacia su hospital; un soldado que se desliza fuera de su choza para lavarse con agua helada el rostro curtido, y vuelta la faz a Oriente reza su oración, acompañada de rápidas persignaciones. Allá, enorme y pesado furgón de crujientes ruedas, tirado por dos camellos, llega al cementerio donde recibirán sepultura los muertos que, apilados, llenan el vehículo. Al pasar por el puerto, produce desagradable sorpresa la mezcla de olores; huele a carbón de piedra, a estiércol, a humedad, a carne muerta.

Mil y mil objetos varios; madera, harina, gaviones, carne, vense arrojados en montón por todas partes.

Soldados de diferentes regimientos, unos con fusiles y morrales, otros sin morrales ni fusiles, agólpense en tropel, fuman, discuten y transportan los fardos al vapor atracado junto al puente de tablas y próximo a zarpar. Botes y lanchas particulares llenos de gente de todas clases, soldados, marinos, vendedores y mujeres, abordan al desembarcadero y desatracan de él sin cesar.

-Por aquí, Vuestra, Nobleza; a la Grafskaya!- y dos o tres marineros viejos, de pie en sus botes, os

ofrecen sus servicios. Escogéis el más próximo, pasando sin pisar sobre el cadáver medio descompuesto de un caballo negro sumergido en el fango, a dos pasos de la barquilla, y vais a sentaros a popa, cogiendo la caña del timón. Os alejáis de la ribera; en torno vuestro brilla el mar herido por el sol de la mañana; ante vos, un atezado marinero, envuelto en su gabán de piel de camello, y un muchacho de cabellera rubia, reman rápidamente. Dirigís la vista hacia los buques gigantescos, de casco pintado a franjas, por la rada esparcidos; a las lanchas, puntos negros que bogan sobre el azul rielante de las olas, á los lindos edificios de la ciudad, de colores claros que el sol naciente tiñe de sonrosado matiz; a la línea blanca, de espuma que rodea el rompeolas y los barcos sumergidos, de los que surgen tristemente, sobre la superficie del agua, las negras puntas de los mástiles; hacia la escuadra enemiga, que sirve de faro en el lejano cristal de las aguas, y en fin, a las ondas rizadas en que juguetean los glóbulos salinos que los remos hacen saltar con sus golpeteos. Y oís al propio tiempo el sonido uniforme de las voces que el agua os trae, y el tronar grandioso del cañoneo, que parece ir aumentando en Sebastopol.

Y ante la idea de que estáis asimismo, en el propio Sebastopol, sentís, invadida el alma por una sensación de orgullo y valentía, y la sangre circula con mayor rapidez en vuestras venas.

Vuestra Nobleza, vía al *Constantino* -os dice el marinero volviéndose para rectificar el rumbo que con el timón dais al bote.

¡Toma! Conserva aún todos sus cañones - exclama el muchacho rubio, mientras que la lancha se desliza junto al costado del navío.

Es nuevo; debe tenerlos todos; Korniloff ha estado en él -replica el viejo, examinando a su vez el buque de guerra.

¡Allí ha reventado! -grita el chico tras un rato de silencio, fijando los ojos en una nubecilla, blanca, de humo, que se disipa tras de aparecer súbitamente en el cielo sobre la bahía del Sur, acompañada del ruido estridente que produce la explosión de una granada.

Es de la batería nueva que tira hoy añade el marino, escupiéndose tranquilamente en las manos. -¡Vamos, Nichka, boga! a adelantarnos a aquella lancha.

Y el bote surca rápidamente la amplia superficie ondulada de la bahía; deja atrás un macizo lan-

chón, cargado de sacos y de soldados, inhábiles remeros que maniobran torpemente, y aborda por fin al centro de los numerosos buques amarrados a tierra, en el puerto de la Grafskaya. Por el muelle circulan multitud de soldados con capote gris, marineros de chaquetón negro y mujeres con, trajes de colores vivos. Campesinas, vendedoras de pan, labriegos que, junto a su *samovar*, ofrecen *sbitene*¹ caliente a sus parroquianos. Sobre los primeros escalones del desembarcadero aparecen, formando montón, balas de cañón oxidadas, bombas, metralla, cañones de fundición de diferentes calibres; más lejos, en una extensa plaza, vense en tierra enormes maderos, cureñas, afustes, soldados dormidos, y junto a todo esto, carretas, caballos, cañones, armo- nes de artillería, haces de fusiles de infantería, y después más soldados en movimiento, marinos, oficiales, mujeres y niños; carretones cargados de pan, sacos y barricas, un cosaco a caballo y un General que atraviesa la plaza en *drocki*. A la derecha, en la calle, se eleva una barricada, y en sus troneras, cañones de reducido calibre junto a los cuales sentado un marinero, fuma tranquilamente su pipa.

¹ Bebida popular.

A la izquierda, un edificio de buen aspecto sobre cuyo frontis aparece un rótulo en letras romanas, y a sus pies soldados y camillas manchadas de sangre: los tristes vestigios del campo del combate en tiempo de guerra, saltan por doquier a la vista. La primera impresión es, a no dudar, desagradable; tan extraña mezcla de la vida urbana con la campestre, de la elegante ciudad y el vivac fangoso, no tiene nada de atractiva y os choca con su horrible contraste; hasta os parece que todos, presos del terror, se agitan en el vacío. Pero examinad de cerca el rostro de aquellos hombres que en rededor nuestro se mueven, y hablaréis de otro modo. Fijaos bien en aquel soldado del tren que lleva a beber los caballos bayos de su troika, tarareando entre dientes, y veréis que no se extraviará entre la turba, revuelta, que por lo visto no existe para él; atento solamente a su obligación, cumplirá de seguro su deber, cualquiera que sea: conducir sus caballos al abrevadero o arrastrar un cañón, con tanta tranquilidad e indiferente aplomo como si estuviera en Tula o Saransk. Encontraréis igual expresión en la cara de aquel oficial que pasa ante vos con guantes de irreprochable blancura; del marinero que fuma su pipa, sentado sobre la barricada; de aquellos solda-

dos disciplinarios que esperan con las camillas a la entrada de lo que fue un tiempo sala de Asamblea, y hasta en el rostro de aquella muchacha que atraviesa la calle saltando de un adoquín a otro por temor de ensuciarse el vestido color de rosa. Sí, decepción grande os espera a vuestra llegada a Sebastopol.

En vano procuraréis descubrir en cualquier fisonomía señales de agitación, de sobresalto, ni siquiera de entusiasmo, de resignación a la muerte, de resolución; no hay nada de eso. Veréis el trajín de la vida ordinaria: gentes ocupadas en sus labores diarias, de modo que os reprocharéis vuestra exaltación exagerada, poniendo en duda, no sólo, la exactitud de la opinión que por los relatos formasteis acerca del heroísmo de los defensores de Sebastopol, sino la veracidad de la descripción que os han hecho del extremo Norte, y hasta de los ruidos ensordecedores que llenan el aire. Sin embargo, antes de dudar, subid a un baluarte, ved a los defensores de la plaza, en el lugar mismo de la defensa, o mejor aún, entrad directamente en aquel edificio a cuya puerta están los camilleros, y contemplaréis a esos defensores de Sebastopol, y presenciareis espectáculos horribles y tristísimos, grandiosos y cómicos, pero conmovedores y propios para elevar el alma. En-

trad, pues, en el salón que hasta la guerra sirvió para las sesiones de la Asamblea. Apenas hayáis abierto la puerta, cuando el olor que exhalan cuarenta o cincuenta amputados os asfixiara. No cedáis al sentimiento que os detiene en el umbral de la sala; es un sentimiento vergonzoso; avanzad resueltamente, no os ruboricéis por haber venido a ver a aquellos mártires; aproximaos a ellos y habladles; los infelices ansían ver un rostro compasivo, referir sus sufrimientos y escuchar palabras de caridad y de simpatía. Al pasar por el centro, entre las camas, buscáis con la vista el rostro menos austero, menos contraído por el dolor. Al encontrarlo, os decidís a interpelarlo, a preguntar.

-¿Dónde estás herido? -interrogáis con timidez a un veterano de rostro demacradísimo que se halla sentado sobre un lecho, y cuya cordial mirada os viene siguiendo y parece, invitaros a que os aproximéis a él. Y digo que habéis preguntado con timidez, porque la vista del que sufre, inspira no tan sólo viva piedad, sino yo no sé qué temor de molestarlo, unido a profundo respeto.

-En el pie -responde el soldado, y no obstante, reparáis bajo los pliegues de la ropa que la pierna le

fue cortada por bajo de la rodilla. ¡Gracias a Dios -añade,- me darán el alta!

-¿Hace mucho que estás aquí?

-Esta es la sexta semana.

-¿Dónde te duele ahora?

-Nada me duele ya. Sólo a veces en la pantorrilla, cuando hace, mal tiempo: fuera de eso, nada.

-¿Cómo fue?

-En el quinto *bakcion*², Vuestra Nobleza; en el primer bombardeo. Acababa de apuntar el cañón y me dirigía tranquilamente a otra cañonera, cuando de pronto el golpe me hirió en el pie. Creí caer en un agujero. Miro, y ya no había pierna.

-¿No sentiste dolor en el primer momento?

-Nada; únicamente como si me escaldaran la pierna.

-¿Y después?

-Después nada; sólo cuando extendieron la piel me escoció algo. Sobre todo, Vuestra Nobleza, no hay que pensar; cuando no se piensa no se siente nada; cuando el hombre piensa, es peor.

² Bastión, baluarte.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

